

La Gracia y el Orden de Salvación (Ordo Salutis)

Gracia Divina necesitada por la raza humana

La gracia viene de arriba porque es necesaria abajo. Así que todo lo que una persona puede experimentar, ser beneficiado y recibir proviene gratuitamente del amor y misericordia de Dios. Como también la expiación logró y continúa logrando su obra y efectividad a través de la gracia de Dios. ¿Podemos decir que la palabra “gracia” conlleva una idea de “las riquezas de Dios a expensas de Cristo”? ¿Es esta una definición aceptable de la gracia para usted? ¿Qué sería una definición aceptable?

En cuanto a esta definición, nadie tendría reparos con la idea de las riquezas de Dios.

- Dar “gracias” antes de comer
- Caminar con gracia y estilo
- ¡Por amor de Dios!
- El arte y la gracia del patinaje sobre hielo
- Una cantidad bondadosa
- Referirse a alguien como “su merced”

¿Pero deben estas riquezas venir tajantemente a expensas de Jesucristo? ¿Es el costo el sólo precio que Jesucristo pagó voluntariamente en el Calvario, o es algo más? ¿Cómo se emplea la palabra “gracia” en el idioma de todos los días?

- ¿Qué serían seis u ocho maneras en las que gracia—y palabras relacionadas como “bondad” y “merced”—aparecerían expresadas en nuestro idioma común?
- ¿Ofrecen estos varios usos alguna clave de cuán bien se entiende el concepto de gracia entre el público en general?

Paul Tillich, el conocido filósofo y teólogo, afirmaba con frecuencia que algunas palabras religiosas tradicionales ya no eran generalmente entendidas por el ser humano común y corriente. Tillich pensaba que en lugar de “pecado” debíamos hablar de alienación o enajenamiento. El amor debía representarse mejor como reunión o unidad, y la fe sería la condición de ser aprehendido por la “ansia última”, una de las frases típicas de Tillich. No estoy al tanto de que Tillich haya propuesto un nuevo término para gracia. ¿Debió haberlo hecho? ¿Cuál debió ser el término?

Jaroslav Pelikan nos recuerda que Tito 2:11-12 es un pasaje significativo acerca de la gracia. El mismo menciona dos de las enseñanzas firmes acerca de la gracia. La gracia de Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad, y nos enseña que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente.

¿Cuáles son las dos o tres ideas más importantes en Tito 2:11-12?

Pelikan escribe que la gracia como sanidad . . . y la gracia como disciplina han sido los dos aspectos privilegiados de su definición en la historia de la teología cristiana. La frase “la gracia de Dios”, ya sea en el vocabulario del Nuevo Testamento como en el lenguaje de los

teólogos de la iglesia, se relaciona estrechamente con las frases, “el amor de Dios” y “la misericordia de Dios”, lo que hace a menudo difícil distinguirlas; pero, aunque el uso no sea siempre consistente, ayuda, dentro de la categoría general del amor, que se defina la misericordia como el amor perdonador y la gracia como misericordia mediadora.

Aquí Pelikan escoge categorizar a la gracia y a la misericordia bajo la sombrilla más amplia del amor. La teología wesleyana es una teología del amor, así que no discutiría este punto. Para Juan Wesley, el amor es “el cielo de los cielos”. Nótese la manera en que Pelikan entrelaza el amor, la gracia y la misericordia—define cada concepto por medio de alguna referencia a uno de los otros dos.

H. Orton Wiley, establece seis puntos valiosos acerca de la realidad de la gracia:

- La gracia es un hecho eterno en las relaciones íntimas de la Trinidad.
- Existió en la forma de amor sacrificial antes de la fundación del mundo.
- Extendió orden y belleza al proceso y al producto de la creación.
- Diseñó el plan para la restauración del hombre pecador
- Específicamente, por medio de la religión revelada, se manifiesta como el contenido de la teología cristiana.
- Encontrará su consumación en la regeneración de todas las cosas, de lo cual testifica nuestro Señor.

Wiley entrelaza la gracia con el carácter de Dios: “La santidad absoluta del Creador determina la naturaleza de la gracia divina. Sus leyes siempre operan bajo esta norma”.

La Gracia Preveniente: La Gracia que Va Delante

La teología wesleyana ve al mundo como un mundo agraciado. La gracia, que a menudo se describe como el favor inmerecido de Dios, es una constante de la creación, así como de la redención. En otras palabras, la creación misma es un rico y permanente testimonio al amor de Dios, y la posibilidad de conocer a Dios es testimonio adicional a la realidad de la gracia. El Encarnado, Jesucristo, se declara que estaba “lleno de gracia y de verdad” (Jn 1:14). La gracia preveniente, la gracia que va delante, ha tenido un lugar prominente en la estructura y en la promulgación de la teología wesleyana.

Wiley ofrece la siguiente definición fundacional de la gracia preveniente, llamándola gracia que prepara el alma para entrar al estado inicial de salvación. Es la gracia preparatoria del Espíritu Santo ejercitada para con un impotente hombre en pecado. En lo que respecta a la culpa, puede considerarse misericordia; en lo que respecta a la impotencia, es poder capacitador. La gracia puede, entonces, definirse como la manifestación de la influencia divina que precede la vida plena de la regeneración.

Grider afirma que es propio decir que la tradición arminiana wesleyana enseña la libertad humana en el contexto de la gracia preveniente. Podemos lo mismo aceptar a Cristo que rechazarlo—y nuestro destino eterno depende de nuestra libre respuesta al ofrecimiento que Dios hace de la salvación.

Albert C. Outler nos ayuda a entender el esquema básico de la teología de Wesley y cómo, en cierta manera, todo lo que Wesley pretendió depende de la gracia preveniente de Dios: Wesley trajo a esta compleja herencia [la heredada del cristianismo anterior] dos nuevos elementos: el primero, un énfasis distintivo en la primacía de la Biblia (no solamente como

“revelación que permanece” sino como “libro que habla”; y el segundo, una insistencia en la seguridad personal de la gracia justificadora y perdonadora de Dios (que es lo que él siempre quiso decir con términos como “experiencia”, “experimental”, y “religión del corazón”). La meta constante de la vida cristiana, según Wesley, es la santificación (“la perfección cristiana” o “el amor perfecto”); su principio organizador es siempre el orden de la salvación; la agencia divina en todo el asunto es el Espíritu Santo. Fue así que Wesley entendió lo preveniente como obra distintiva del Espíritu Santo y como fuerza primaria en toda auténtica espiritualidad.

Outler, en un lenguaje un tanto más directo, articula el principio teológico impulsador de Wesley y lo enlaza con la cuadrilátera wesleyana: “La teología es la interpretación de las compenetraciones espirituales y morales encendidas por la acción preveniente del Espíritu Santo, depositadas en la Biblia, interpretadas por la tradición cristiana, repasadas por la razón, y apropiadas por la experiencia personal”.

H. Ray Dunning ofrece el útil recordatorio de que asegurar con certeza la gracia preveniente es un formidable auxilio para nuestra teología de la revelación. Esto encaja bien con nuestra convicción de que vivimos en un mundo de gracia.

La semilla de esperanza y promesa que Dios siembra en su creación lleva al cumplimiento de la creación en Jesucristo. El pecado contradice masivamente la esperanza de Dios para nosotros y el universo. La gracia preveniente puede ser la puerta al reino de la salvación. Dunning está de acuerdo con esto al decir que las muchas maneras de entender la gracia preveniente “están todas subyugadas a la función soteriológica de esta gracia. Es aquí donde uno de los principales distintivos de la perspectiva wesleyana sale a relucir”.

Wiley, Grider y Dunning quizá no irían tan lejos como Michael Lodahl, el más joven teólogo nazareno, quien muestra algunas de las direcciones en las que se puede desarrollar la teología de la gracia preveniente. En su alcance más amplio posible, sugiere Lodahl, la gracia preveniente es la sencilla pero apremiante seguridad de la presencia de Dios en todos los humanos, sean cristianos o no. Para los misioneros, esto significa que el Espíritu de Dios los ha precedido, puesto que ha llegado mucho antes de que el barco arribe o la línea aérea aterrice.

Esta “gracia que viene (o va) delante de nosotros” simplemente quiere decir que Dios está amante y misericordiosamente presente y activo en toda vida humana, desde la del más ferviente cristiano hasta la del ateo más inflexible o el más concienzudo budista. Esta gracia es el Espíritu Santo, la presencia misma de Dios, esa “luz” de la que habla el evangelio de San Juan, “una luz que ilumina a todos” (1:9). Es esta luz, esta bondadosa presencia de Dios en la vida humana, según Wesley, la que nos encuentra, nos llama, y nos atrae del pecado y de la centralización del yo, y de regreso a Dios. La gracia preveniente es Dios no dándose por vencido con nadie. Es esta presencia bondadosa en la vida y las sociedades humanas, la que nos forma y nos conserva como humanos y con humanidad. La doctrina de la gracia preveniente afirma que no hay un ser humano viviente que no tenga alguna luz, alguna leve y parpadeante consciencia del Espíritu Santo.

¿Es en realidad la gracia preveniente el equivalente del Espíritu Santo, como enseña Lodahl? Aquí tenemos que ejercer cierta precaución. Ciertamente el Espíritu Santo sopla tan ancho y tan amplio como toda la creación, hecho que pudiéramos llamar su actividad preliminar. No negamos la importancia de ese moverse del Espíritu. El Espíritu va al encuentro de las personas en donde estén, sean religiosas, irreligiosas o ateas, y los impulsa a la verdad de Jesucristo. Esta obra preliminar del Espíritu es la sombra de su obra final y más importante, que es dar testimonio de Cristo Jesús. Después de todo, nadie puede exclamar: “¡Jesús es el Señor!”, sino por el Espíritu Santo” (1 Cor 12:3).

Por ejemplo: un espía, uno que escucha, un heraldo que anuncia la llegada del presidente al parlamento, el jardín infantil que precede al primer grado, un Juan el Bautista que precede a Jesucristo, el Antiguo Testamento antes del Nuevo Testamento, el hijo menor antes del hijo mayor, etc.

Lo que hemos llamado gracia preveniente, Juan Wesley por lo regular lo llamaba “gracia preventiva”. Si recordamos que la gracia preveniente es la gracia que va delante, ¿cambiaría su significado si la llamáramos gracia preventiva?

Piense en cosas, personas o situaciones que van antes o después. ¿Clarifica o mejora nuestra comprensión de la gracia preveniente el que pensemos así?

La Gracia Preveniente y la Gracia Común

Puede que todos los cristianos estén de acuerdo con la definición básica de la gracia como favor inmerecido de Dios para los pecadores, pero cada tradición cristiana desarrollará una teología de la gracia de una manera distintivamente suya.

Los calvinistas, por ejemplo, se reafirmarán en lo que acostumbradamente denominan gracia común. Pero, en algún nivel, la gracia común reflejará parecidos marcados a la gracia preveniente. Cuando Michael Lodahl describe la gracia preveniente como “esa presencia bondadosa de Dios en la vida y las sociedades humanas que nos hace y nos mantiene humanos y humanados”, bien pudo haber estado describiendo la gracia común.

¿En qué punto la gracia común y la gracia preveniente se separan y no pueden seguir acompañándose? La gracia preveniente extenderá a toda la humanidad el ofrecimiento bondadoso de Dios al compañerismo. En palabras un tanto poéticas, esa gracia será como carbones vivos puestos dentro de nosotros por el Espíritu Santo. Para los wesleyanos, “el que quiera puede a Él venir”, es decir, que el que quiera puede potencialmente soplar sobre estos carbones y volverlos llamas ardientes, o, mejor aún, puede invitar al Espíritu Santo a que venga y los sople. La gracia preveniente apunta directamente a la universalidad de la expiación, una idea que caracteriza al wesleyano.

La gracia común, en contraste, puede o no guiar a la gracia electiva, puesto que solo Dios es en realidad el que elige, razón por la que en el calvinismo por lo regular no se valora la alianza o cooperación humana con Dios. Jaroslav Pelikan explica sucintamente que en la teología de Martín Lutero (1482-1546), pero especialmente en la de Juan Calvino (1509-1564), “el énfasis en la gracia libre y soberana de Dios llevó a una doctrina total de predestinación. Si la gracia no se basaba en manera alguna en el mérito previo del recipiente, no habría otra alternativa que afirmar que solo la elección divina decidiría quién la recibiría”.

Se nos hace aquí imposible repasar todo el intrincado debate entre calvinistas y wesleyanos arminianos acerca del asunto de la predestinación. Los nazarenos con frecuencia se presentan como carentes de simpatía o clemencia hacia los calvinistas en este respecto. A Juan Wesley se le hacía imposible entender que un Dios que salvara (y en cierto sentido condenara) a un ser humano sin traza alguna de cooperación humana, pudiera de alguna manera resultar en un Dios más amoroso, más verdadero, y más bíblico que un Dios que alentara e invitara a la cooperación humana. Los nazarenos han seguido abrumadoramente a Juan Wesley en este particular.

Para los wesleyanos, la gracia preveniente más la cooperación humana equivalen al comienzo hacia la salvación y hacia la final y plena restauración de la imagen de Dios en el hombre. Para el calvinista, la gracia común desembocará en la gracia electiva para aquellos que Dios escoja elegir.

El wesleyano ve el vaso medio lleno y llenándose. El calvinista en realidad no pensaría así. El vaso y su contenido—esté medio lleno o medio vacío—les pertenecen al Señor Dios.

La Gracia Identifica al cristianismo

Es típico observar que de todas las religiones del mundo el cristianismo es la que posee la más profunda y consistente teología de la gracia. Se piensa que el budismo posee algún matiz de gracia, aunque carece de una teología comparable de encarnación, la que hace que la gracia venga a la humanidad en la persona del ungido de Dios, su Hijo unigénito.

Entre los cristianos, lo que existirán serán diferentes intuiciones y comprensiones de la gracia. Por ejemplo, los católicos romanos y los griegos ortodoxos ubicarán la gracia mayormente en los siete sacramentos que ambas comuniones observan. Los pentecostales verán la gracia evidenciada y palpable en las manifestaciones extáticas dadas por el Espíritu Santo. Aunque los cristianos difieran en lo que incluyan bajo el encabezado de los medios de gracia, todos los cristianos creerán y practicarán algunos medios. Aun los cuáqueros, que no celebran la Santa Cena, tienen comunión con el Espíritu Santo durante sus servicios de adoración, lo cual para ellos se convierte en un medio de gracia semejante a la Santa Cena.

Libertad de Elección del Hombre

¿Por qué algunas personas se arrepienten y creen, mientras otras no lo hacen? Contrariamente a todos los criterios que limitan la salvación a los que fueron electos por Dios desde antes de la fundación del mundo, el Artículo VII afirma la realidad de la decisión responsable del hombre.

Artículo de fe sobre el libre albedrío

Creemos que la creación del hombre a la imagen de Dios, incluyó la capacidad de escoger entre el bien y el mal y que por ello, fue hecho responsable; que por la caída de Adán llegó a ser depravado, de tal modo, que no puede, por sus propias fuerzas naturales y obras, tornarse y prepararse para la fe y la oración a Dios; pero la gracia de Dios por Jesucristo se concede gratuitamente a todos los hombres, capacitando a todos los que quieren tornarse del pecado a la justicia, a creer en Jesucristo para perdón y limpieza del pecado, y a seguir las buenas obras agradables y aceptables a su vista. Creemos que el hombre, aunque posea la experiencia de la regeneración y de la entera santificación, puede caer de la gracia y apostatar y, a menos que se arrepienta de su pecado, se perderá eternamente y sin esperanza.

La Naturaleza de la Libertad Humana

De principio a fin, la Biblia da por sentado que los seres humanos son libres para hacer decisiones responsa-bles. El hombre no es una máquina o un autómatas, sino una criatura capaz de hacer decisiones en asuntos de bien o de mal.

A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar (Deuteronomio 30:19-20).

Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio (Hechos 3:19). Véase también Génesis 1:27; 2:7, 16-17; 3:1-6; Josué 24:15; 1 Reyes 18:21; Mateo 23:37; Hechos 2:28; Romanos 1:20-21; Hebreos 11:24-26.

Todos los mandatos, amonestaciones y exhortaciones de la Biblia dan por sentado que el hombre tiene la capacidad para responder; los seres humanos pueden obedecer o desobedecer, pero, cualquier cosa que hagan es el resultado de decisiones hechas por ellos mismos-y de las que son responsables.

Los Efectos Limitadores del Pecado Original

Aunque en la naturaleza humana caída permanece cierta medida de libertad respecto a asuntos de conciencia y de la ley moral, los efectos del pecado imposibilitan a la persona a guardar perfectamente la ley de Dios o a salvarse a sí misma.

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo (Juan 3:5-7).

Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesu-cristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, vi-niésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna (Tito 3:4-7). Véase también Mateo 5:20; Hechos 13:39; Romanos 3:19-20, 28; Gálatas 2:16; 3:10-11; Efesios 2:8-9; II Timoteo 1:9; Santiago 2:10.

Sólo la fe que responde a la gracia de Dios nos capacita para recibir a Cristo como Salvador personal. La capacidad para esta fe es uno de los dones de la "gracia preventiva".

Gracia Preventiva

La expresión "gracia preventiva" simplemente se refiere a la gracia (ayuda amante de Dios hacia los indignos) que nos es dada antes que acudamos a Cristo. En oposición a los que sostienen que la gracia de Dios sólo ayuda a aquellos que El "ha elegido," el Artículo VIII declara que la gracia de Dios hace que todos los hombres puedan ser salvos. La conciencia y la convicción del Espíritu Santo son parte de la "gracia anticipada".

Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí (Juan 16: 8-9). Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos (II Timoteo 1:9). Véase también Hechos 11:18; 16:14; 1 Corintios 1:9, 23-29; II Tesalonicenses 2:13-14; Hebreos 9:15.

La Salvación Condicional

El segundo párrafo del Artículo VII se opone directamente a la enseñanza de "la seguridad eterna" o "perseverancia incondicional". Los que obedecen a Dios no carecen de seguridad "...ovejas... no perecerán" (Juan 10: 27-28). Pero en el mismo texto, dijo Jesús: "me siguen" (v. 27). No hay promesa de salvación final para las ovejas descarriadas o los "santos" que viven en pecado (I Juan 2:4; 3:6-9; 5:18) a menos que personalmente se arrepientan y vuelvan al Señor.

Y tú, hijo de hombre, di a los hijos de tu pueblo: La justicia del justo no lo librará el día que se rebelare; y la impiedad del impío no le será estorbo el día que se volviere de su impiedad; y el justo no podrá vivir por su justicia el día que pecare. Cuando yo dijere al justo: De cierto vivirás, y él confiado en su justicia hiciere iniquidad, todas sus justicias no serán recordadas, sino que morirá por su iniquidad que hizo. Cuando el justo se apartare de su justicia, e hiciere iniquidad, morirá por ello (Ezequiel 33:12-13, 18).

Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú, por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado (Romanos 11:20-22).

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? (Hebreos 10:26-29).

Véase también Isaías 59:13; Ezequiel 18:24, 26; Mateo 7:21-23; 24:13; Juan 15:1-6; Romanos 2:7; 1 Corintios 3:16-17; 9:27; 10:12; 15:1-2; II Corintios 6:1; Gálatas 2:16-18; 5:1, 4; Colosenses 1:21-23; 1 Timoteo 1:18-19; 5:11-12; Hebreos 6:4-6; Santiago 1:14-16; 5:19-20; II Pedro 1:10-11; 2:20-22; 3:17; I Juan 2:24; 5:12; Apocalipsis 3:5; 22:19.

(Note que Hebreos 6:4-6 y 10:26-29 tratan de la apostasía que es el paso siguiente y final en la caída después que se ha retrocedido).

Fíjese que "vida eterna" es un don de tiempo presente, continuo y que tiene una referencia primaria a la calidad de vida y relación con Dios, no sólo a la duración (Juan 17:3; I Juan 5:12). La fe, como condición para la salvación final, se encuentra siempre en tiempo presente (Juan 3:15, 36; 5:24; 6:54-todos son verbos en tiempo presente que indican acción continua). La fe es una actitud continua, no un acto de una vez para siempre. Lo genuino de la fe de una persona está demostrado por la cualidad de su vida (Santiago 2:17-26). Lo que se creyó una vez, más tarde puede ser rechazado.

El argumento "una vez hijo, siempre hijo" se derrumba cuando se ve que aquellos que nacieron hijos de ira (Efesios 2:2-3) pueden llegar a ser hijos de Dios (Juan 1: 11-12). La analogía del nacimiento físico se deshace en el reino espiritual. Según I Juan 3:6-9, ninguno que haya caído de la gracia (definiéndose así al que vive consciente y deliberadamente en pecado), puede ser considerado hijo de Dios.

Gracia Justificadora

Este mensaje triunfal de la sorprendente gracia de Dios constituye indudablemente la nota distintiva del evangelio. La gracia de Dios sorprende porque demasiadas veces lo que valemos y poseemos se evalúa sobre la base de nuestro desempeño en la escuela, en el trabajo, entre las amistades y, trágicamente, con frecuencia, en nuestras familias. ¡Sin embargo, la promesa de Dios en la vida, las palabras, la muerte y la resurrección de Jesús es que nos ama y nos acepta tal y como somos!

Si aceptamos esa promesa, y descansamos en esa gracia, ello nos será “contado por justicia”, como lo fue con Abraham. Seremos justificados o traídos a la relación propia con Dios—una relación que se fundamenta en la reputación de Aquel que promete, pero que se hace actual cuando nosotros creemos en la promesa. Nosotros tendemos a menudo, y lo aprendemos de la sociedad y de la familia, a agradar a Dios por ser agradables, a ganar su favor por ser buenos, a merecer su misericordia y amor por ser amorosos. Son precisamente estos esfuerzos por ser dignos del amor y la gracia divina lo que en realidad obstruye que recibamos lo que ya se nos ha ofrecido gratuitamente. Las buenas nuevas son que Dios nos ama y nos ofrece perdón ahora.⁷⁰ Michael Lodahl

Crecimiento en la gracia

Creer en la Gracia by Roderick T. Leupp Holiness Today [Santidad Hoy], agosto de 2002 (Juan Vázquez Pla, trad.)

¿A qué compararemos la gracia de Dios? Søren Kierkegaard la compara ingeniosamente a un sediento excursionista en necesidad de agua. Como el excursionista no puede dar con el arroyo, el arroyo, al inundar su cauce, da con el excursionista y se le ofrece. Esta es la gracia de Dios.

Hay un diccionario teológico que coloca la gracia bajo ocho ó nueve sub-encabezados. El discernimiento teológico colectivo e histórico de la Iglesia del Nazareno por lo regular ha visto la gracia de Dios como un impulso divino que también se puede percibir en varios de los pasos correspondientes al progreso de la vida cristiana.

Quizá el más distintivo de estos pasos es la gracia que va delante—la gracia preveniente. Juan el Bautista tenía esto en mente cuando clamó, “Enderezad el camino del Señor” (Jn 1:23, RV95), puesto que la gracia preveniente eleva el valle y allana la montaña. La gracia preveniente es gracia anticipatoria y expectante. El Espíritu Santo, dócil pero decididamente, sopla y produce llamas en el tenaz carbón que es el ser humano.

El paso entre la gracia preveniente y la gracia que justifica es la gracia que convence, ese darse cuenta obrado por Dios en uno que desemboca en la justificación, o “el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia” (Ef 1:7-8).

Cualquiera que sea el episodio particular de gracia, el común denominador será el favor inmerecido que Dios derrama sobre nosotros en Cristo Jesús. La gracia también nos llega como gracia sacramental, santificadora y, al fin, glorificadora. Pablo percibió tres períodos relacionados de gracia cuando contrastó la vida llena de gracia de los corintios con su miseria anterior como ladrones y estafadores. Sus vidas nuevas eran nuevas precisamente por haber sido lavadas (una clara referencia a la gracia del bautismo), santificadas y justificadas (1 Cor 6:11).

Los milagros de alimentación de Jesús son relatos de la generosidad abundante y espléndida de Dios. La red llena de pescados y que no se rompía, lo cual proveyó desayuno para el Cristo resucitado y sus discípulos, es otra señal de gracia profusa (Jn 21:9-14). Al fin y al cabo, las señales de la gracia son infinitas. Solo nuestra ceguera y nuestra terquedad nos previenen de ver y recibir ese más pleno espectro de las riquezas de Dios.

La gracia de Dios opera de maneras que apenas podemos comprender. Las señales visibles de la gracia están siempre cerca, siempre al alcance, y, aunque inagotables, son siempre respetuosas de la libertad que Dios nos ha dado para rechazarlas. Pero una cosa hay que admitir: la carga de la responsabilidad descansa totalmente en los que continúan rechazando la gracia, puesto que no existiría tal cosa como un excursionista sediento que no se arrodillara gozoso y tomara hasta saciarse.

La fuente de la gracia no es un misterio; no es otra que el Dios trino. La disponibilidad de la gracia no es motivo de perplejidad; como decía Juan Wesley, la gracia es gratis para todos y en todos es gratis. La promesa de la gracia no confunde; es una promesa cumplida por nuestro Señor y Salvador Jesucristo. No obstante, lo intrincado del modo en que la gracia opera solo le es dado a Dios conocerlo. El apóstol Pablo valoró el orden de la gracia cuando escribió, “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (1 Cor 3:6). Dios espera que hagamos algo, pero nos capacita para hacerlo. La capacitación es por gracia.

Los medios de gracia son la manera clásica de resumir las expectativas de Dios. La explicación que Juan Wesley dio de estos medios fue abarcadora y conveniente. Conformarse a estos medios era conformarse a la justicia. La vida cristiana es impulsada cuando uno ora privadamente o con la congregación, cuando uno escudriña las Escrituras, cuando uno recibe la Santa Cena, cuando uno ayuna, y cuando uno se congrega en comunión con los otros creyentes en lo que Wesley llamaba “la conferencia cristiana”.

Tristemente, las señales en el camino de la gracia, aunque se reconocen, no siempre se siguen. Para que la gracia complete el círculo ordenado por Dios, el círculo que va de Dios a la humanidad y de nuevo a Dios, la cooperación humana es esencial. Los humanos no podemos crear el círculo, puesto que la gracia solo la da Dios. Pero los humanos pueden impedir que la gracia se complete, y a menudo lo impiden al rechazar la bondad de Dios.

Las circunstancias humanas cambian, pero la gracia de Dios es constante. Los que conozcan la parte sur central del estado de Idaho entenderán porqué yo suelo visitar las cataratas de Shoshone, conocidas como “el Niágara del Oeste”. La mayoría de las veces cumplen con las expectativas. El rugir del agua, las caídas, y los precipicios, producen gran excitación. Pero no fue así el verano en el que los agricultores río arriba necesitaron agua para irrigar sus tierras e hicieron que las represas contuvieron el torrente de agua, reduciendo las cataratas a un arroyuelo. Nunca será así con la gracia de Dios. Su gracia será siempre abundante.

El Camino Romano a la Salvación

- Entender nuestra extrema necesidad de perdón: Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios. (3:23).
- Aunque rodeados de muerte, en Jesucristo está el Camino a la vida verdadera: Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. (5:8).
- El arrepentimiento de pecado lleva a la vida eterna: Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro. (6:23).
- Confesar a Jesucristo como Señor, y creer en el corazón que Dios levantó a su Hijo de entre los muertos, lleva a uno a la salvación: Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo, porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. (10:9-10)
- ¡Uno será salvo sencillamente al invocar el nombre de Jesucristo! No hay otro ritual religioso que cumplir: Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo. (10:13)

El orden y camino de la Salvación

A la presentación de etapas unificadas del progreso del alma se le conoce comúnmente como el *ordo salutis*—latín para “el orden de la salvación”—y a veces como la *via salutis*—“el camino de la salvación”. Juan Wesley, al principio de, “El Camino Bíblico de la Salvación”, uno de sus célebres sermones, describe así lo que podría—más bien debería—ser investigado como el tópico general de la salvación: A fin de que la salvación de la cual aquí se habla se extienda a la obra entera de Dios, desde el despuntar del alba de la gracia en el alma hasta su consumación en gloria.

El hombre es una entidad compuesta de cuerpo mortal, y espíritu que carece de toda calidad material y es inmortal; entidad que continuara existiendo consciente, después de que el cuerpo haya sido separado (Ecl. 3:21; 1 R. 17:21-22; Luc. 8:55; 16:22-23; Mat. 10:28; Hch. 7:59; 2 Cor. 5:8; Fil. 1:23; Apo. 6:9-11; 14:13). El cuerpo es formado del polvo de la tierra poseyendo los sentidos sensoriales. El espíritu es racional, poseyendo entendimiento, afecciones y voluntad (Gen. 2:7; Ecl. 12:7). Pablo habla del alma (1 Tes. 5:23). Por ésta se da a entender la psique, es decir el alma inferior o animal, que contiene las pasiones y deseos que tenemos en común con el hombre natural (Ecl. 3:19-210). Más ésta se hace noble y se espiritualiza por la entrega y humillación y rendimiento del yo al Espíritu Santo.

El espíritu es aquella porción de nuestro ser en la cual recibimos el Espíritu Santo. En el incrédulo queda subordinado al alma animal, o natural (1 Cor. 2:14; Judas 19). El hombre fue creado a la imagen moral de Dios, cuando pecó incurrió a la muerte física y espiritual (Gen. 2:16-17; Rom. 5:12; 6:23; Heb. 2:14). El primer pecado del primer hombre cambió por completo su naturaleza moral, de santa en pecadora, de quien toda la raza humana se constituye pecadora por herencia (Rom. 5: 12; 1 Cor. 15:22; Efe. 2:3, 5; Job 15:14).

El Libre Albedrio

Aunque el hombre haya caído y depravado, de manera que hay en su naturaleza una tendencia fuerte hacia el pecado, sin embargo, conserva el divino atributo de la libertad. En cada acto de la voluntad de naturaleza moral, Aunque el hombre haya caído y depravado, de manera que hay en su naturaleza una tendencia fuerte hacia el pecado, sin embargo, conserva el divino atributo de la libertad. En cada acto de la voluntad de naturaleza moral, él es libre para desear lo opuesto. Ningun decreto de Dios, ninguna cadena de causación independiente de su voluntad, ninguna combinación de los elementos de su constitución, le hace fuerza con respecto a sus obras morales (Hch. 7:51; Efe. 4:30; 1 Tes. 5:1:19). Las Escrituras todas dan por entendido que los hombres son libres para obedecer la ley de Dios, y cumplir con las condiciones de la salvación (Pr. 1:23-31; Mat. 23:37; Juan 7:17).

La fe que salva

La fe por la cual somos justificados es una fe actual; fe que en la actualidad existe y se ejerce (Jn. 1:12; 3:18, 36). Los pasos de esta fe son tres:

1. El asentimiento del entendimiento a la verdad de Dios en el Evangelio, especialmente a la porción que se refiere a la muerte de Cristo como sacrificio por el pecado.
2. El consentimiento de la voluntad y de los afectos a este plan de salvación, aprobación y preferencia tal que envuelve el renunciar a todo otro refugio.
3. Confianza actual en el Salvador, y una apropiación de los méritos suyos. A esto ha de preceder un arrepentimiento verdadero (Mar. 1:15; Luc. 24:47; Hch. 2:38; 3:19; 20:20-21).

Errores con respecto a la fe salvadora:

1. Que no es obra del penitente, sino que es don de Dios, obrando soberanamente cuando quiere y a quien quiere.
2. Que los regenerados son incapaces de ejercer fe salvadora y que esta no precede a la regeneración como condición, sino que es consecuencia de ella. Vea los pasajes para refutar esta posición: Juan 3:18, 36; Hch. 10:43; Rom. 1:16; 3:26; Efe. 1:13.

El arrepentimiento

Arrepentimiento quiere decir, cambio de mente, de ánimo: un deseo ardiente para que se deshiciere algo que hemos hecho. El pecador que se arrepiente por no recibir el castigo no es un arrepentimiento verdadero. El arrepentimiento evangélico se llama arrepentimiento para con Dios porque consiste en volver del pecado a la santidad; e implica consciencia y aborrecimiento del pecado, y amor a la santidad. Las evidencias del verdadero arrepentimiento que salva, incluyen conocimiento y confesión de pecado; como también un pesar profundo y entero abandono del pecado (Lev. 26:40; Num. 5:7; Eze. 20:43; Isa. 55:7; Zac. 1:3; 1 Jn. 1:9; 2 Cor. 7:9-11; Apo. 2:5).

Órdenes de la Salvación - Thomas C. Oden

El orden primitivo y apostólico:

- Arrepentirse
- Bautizarse para la remisión de pecados
- Recibir el don del Espíritu Santo

Orden elaborado:

- El pecado es restringido por el Espíritu a fin de dar tiempo para el arrepentimiento.
- El Espíritu convence al pecador de pecado.
- Arrepentimiento. Aquí el Espíritu Santo guía el alma penitente al remordimiento por el pecado, a la reforma de la conducta, a la reparación de daños ocasionados a otros, y también a la repulsión del pecado y a la confesión del pecado.
- Fe, que es la capacidad que nos da el Espíritu Santo para confiar en Jesucristo como Salvador.
- Regeneración, a través de la cual el Espíritu nos resucita a una vida espiritual que permite que empecemos la vida nueva nacida de Dios, nacida por adopción en la familia de Dios.
- El Espíritu Santo habita en el corazón como residente.
- Bautismo con el Espíritu Santo, “por el cual la nueva persona muere a la vida antigua y viva a la nueva”.
- “El sello del Espíritu Santo, por el cual el Espíritu confirma la Palabra viviente en el corazón”.
- Seguridad, la cual le confirma al creyente que es en realidad el hijo o la hija de Dios.
- La llenura del Espíritu Santo en el creyente.
- Santificación, “por la cual el Espíritu obra para llevar el espíritu del regenerado a la plena participación de la vida de Dios por medio de la unión con Cristo”.

El Ministerio del Espíritu Santo

Basilio, uno de los padres de la iglesia, resume así la manera en que el Espíritu Santo guía estos pasos: Es por medio del Espíritu Santo que viene nuestra restauración al paraíso, nuestra ascensión al reino de los cielos, nuestro regreso a la adopción como hijos, nuestra libertad de llamar a Dios nuestro Padre, el ser hechos partícipes de la gracia de Cristo, el ser hijos de luz, el participar de la gloria eterna, y, en una palabra, el que seamos traídos al estado de toda “plenitud de bendición”.

El Ordo Salutis de Wesley

- Consciencia
- Convicción de pecado
- Arrepentimiento
- Reconciliación
- Regeneración
- Santificación
- Glorificación

La declaración en síntesis de Outler es un tanto densa y hasta técnica, pero digna de citarse en su totalidad: La teología de Wesley era elíptica en su forma. Su doble enfoque residía en las doctrinas de la justificación y la santificación en una relación especial—dos aspectos de una sola intención de gracia, aunque separados a lo largo de un continuo de tiempo y experiencia. El problema en la justificación era la manera en que los méritos suficientes de Cristo podían ser imputados al creyente penitente como base justa para la misericordia inmerecida de Dios (i.e., la causa formal de la justificación). Fue precisamente en el punto de la causa formal

que Wesley se separó de los calvinistas. Los calvinistas destacaban la voluntad electiva del Padre, ese vínculo fundamental de la “cadena dorada” de una lógica que los llevó eslabón por eslabón a los famosos “Cinco Puntos” del alto calvinismo.

Wesley inclinó el balance en otra dirección debido a su sentido de la importancia de la iniciativa proveniente del Espíritu Santo en todos los “momentos” del ordo salutis. Por tanto, Wesley le haría lugar a la participación humana en reacción a la actividad del Espíritu, como también a la resistencia humana—pero siempre en un sentido diferente a la doctrina pelagiana y aún “semipelagiana” de la iniciativa humana.

Wesley y Calvino

Según Wiley, el calvinismo sostiene, que la regeneración es el primer paso en el ordo salutis u orden de la salvación; que es efectuada incondicionalmente por el Espíritu Santo aparte de cualquier otro paso preparatorio; y que la mente del hombre es, por lo tanto, perfectamente pasiva al recibirla.

Los Seis Puntos de Wiley

1. Fundamentalmente, la regeneración es un cambio moral logrado en los corazones humanos por medio de la agencia del Espíritu Santo. . . . La regeneración no destruye capacidad humana alguna dada por Dios, sino que infunde nueva vida espiritual.
2. La regeneración está estrechamente ligada al nuevo nacimiento, un nacimiento efectuado no por instrumentalidad humana sino por medio del Espíritu Santo. . . . La gracia proveniente actúa en el creyente expectante e invita al Espíritu a hacer Su obra, pero la gracia regeneradora es enteramente del Espíritu.
3. Los wesleyanos creen que la regeneración, la justificación y la adopción ocurren simultáneamente. Los wesleyanos ven la regeneración “como aquella obra del Espíritu por la que la gracia otorgada prevenientemente resulta en vida espiritual nueva para el alma individual.”
4. La declaración sumaria de Wiley: [La regeneración], aunque concomitante con la justificación y la adopción, se distingue de ellas. La justificación es la obra de Dios en pro del perdón de nuestros pecados a fin de cambiar Su relación con nosotros; la regeneración es la renovación de nuestra naturaleza caída por medio de la vida que se da sobre las bases de esta nueva relación; la adopción es la restauración de los privilegios de hijos en virtud del nuevo nacimiento. La necesidad de la justificación se halla en el hecho de la culpa; la de la regeneración en el hecho de la depravación; y la de la adopción en la pérdida de los privilegios. El arminianismo sostiene que las tres, aunque distintas en naturaleza y perfectas en su clase, se reciben por un mismo acto de fe, lo cual, en consecuencia, las hace concomitantes en la experiencia personal.
5. Traer las almas regeneradas a la verdad y a la luz no se ha de separar del Espíritu Santo, sino que es, de hecho, la obra del Espíritu. Véase Santiago 1:18; Hechos 16:14; Efesios 6:17; 1 Pedro 1:23.

6. Wiley, siguiendo a Wesley, considera la regeneración como “la puerta de entrada a la santificación”, y establece la diferencia entre santificación inicial, a la cual pertenece la regeneración, y entera santificación. Contrastar la santificación inicial con la santificación completa puede dar la impresión de que la santificación inicial tiene poca o ninguna consecuencia en comparación con la entera santificación, como el aperitivo antes del plato principal. Wiley, sin embargo, considera que la regeneración “no es el rehacer una vida vieja sino el impartir una vida nueva. De aquí que, aunque la regeneración ‘quiebre el poder de los pecados cancelados y ponga al prisionero en libertad’, no destruye el ser interior del pecado original”.

Dos Órdenes que No Armonizan: Wesleyana y Calvinista

Es cierto que es bueno ser comprensivos con los que no están de acuerdo con las posiciones teológicas de la Iglesia del Nazareno, pero hay veces que es imposible estar de acuerdo con ellos. H. Orton Wiley hacía claro que era imposible armonizar totalmente en ciertos puntos los órdenes de salvación wesleyano y calvinista.

Según Wiley, el calvinismo sostiene, que la regeneración es el primer paso en el ordo salutis u orden de la salvación; que es efectuada incondicionalmente por el Espíritu Santo aparte de cualquier otro paso preparatorio; y que la mente del hombre es, por lo tanto, perfectamente pasiva al recibirla.

El orden calvinista de la salvación es como sigue:

- Regeneración
- Fe
- Arrepentimiento
- Conversión

Objeciones wesleyanas:

• Niega la realidad de la gracia preveniente. Wiley cita a Juan 1:12; Gálatas 3:26 y Hechos 3:19 como prueba de la posición bíblica en apoyo de la gracia preveniente.

• El calvinismo argumenta que Dios debe primero purgar y purificar el vaso antes de hacerlo idóneo para la limpieza y habitación divina. Por lo tanto, la regeneración deberá ser primero, incluso antes que el arrepentimiento. Pero, en la opinión de Wiley, colocar la regeneración antes que el arrepentimiento es equivocar el rumbo: Lo que entonces tendríamos, de acuerdo a este sistema [el calvinista], es a una persona regenerada que todavía no se ha arrepentido ni ha sido perdonada, y por lo tanto, todavía pecador. Es una posición cuya sola declaración constituye su refutación. El wesleyanismo cree que la regeneración ocurre a la misma vez que la justificación, por gracia, por medio de la fe y la adopción en la familia de Dios.

• Aunque el wesleyanismo concuerda con el calvinismo en que la regeneración viene únicamente del Espíritu Santo, no es posible dejar de un lado la agencia humana de manera tan decisiva como en el calvinismo. Wiley escribe que “se nos manda a buscar, a pedir, a arrepentirnos, a abrir nuestros corazones y a recibir a Cristo”. El calvinismo está marcado por un pasivismo que no es ni saludable ni bíblico.

• El pasivismo extremo que engendra el calvinismo puede llevar lo mismo al “descuido que a la desesperación”, o al antinomianismo, lo cual equivale a la ingobernabilidad.

El Contraste Wesleyano

Uno puede discernir fácilmente el diseño del orden de la salvación wesleyano si pone atención a las críticas del calvinismo que hace Wiley. La preocupación particular de Wiley es la regeneración, ya que es en este punto donde uno puede detectar la mayor divergencia entre el wesleyanismo y el calvinismo.